



# ACTO PRIMERO

---

## ESCENA PRIMERA

Padua. Una plaza.

Entran LUCENCIO y TRANIO.

Luc. Como por causa del vehemente anhelo  
Que de ver á la bella Padua tuve,  
Me hallo, Tranio, en la fértil Lombardía,  
Jardín frondoso de la gran Italia,  
Con amante permiso de mi padre  
Y con su buena voluntad contando,  
Y contando además con tu compañía,  
Mi servidor leal á toda prueba,  
Quedémonos aquí, donde, por suerte,  
Ciencias puedo estudiar y humanidades.  
Pisa, famosa por sus grandes hombres,  
Vióme nacer; Vicencio, el padre mío,  
Que es de los Bentivolios descendiente,  
Comercia en grande escala con el mundo;  
Y, Lucencio, su hijo, que en Florencia  
Fué educado, precisa que realice  
Las esperanzas que de ornar su suerte  
Con su noble conducta tienen todos.  
A la moral he de aplicarme, Tranio,

Y mi estudio especial será esa parte  
De la filosofía que se ocupa  
En cómo ser por la moral dichoso.  
Di tu opinión, pues yo salí de Pisa  
Y á Padua llego como aquel que deja  
Somera charca y anchos mares surca  
Para saciar la sed que lo devora.

TRA.

«Mi perdonate», mi querido amo;  
En situación análoga me encuentro.  
Celebro persistáis en vuestros planes  
De libar grata miel de grata ciencia;  
Pero, señor, en tanto que admiramos  
Morales disciplinas y virtudes,  
No seamos ni estoicos ni estacas.  
La ética de Aristóteles no debe  
Hacernos olvidar del todo á Ovidio.  
Lógica ejercitada en vuestro trato,  
Retórica al hablar con todo el mundo.  
La poesía y la música os gustaban,  
Pero de matemáticas, lo mismo  
Que de la metafísica, cuidaos  
Según la voluntad os lo reclame.  
Lo que no se hace á gusto, no aprovecha.  
Estudiad, en resumen, lo que os plazca.

LUC.

Mil gracias, Tranio, por tu buen consejo.  
Si Biondelio ya en tierra se encontrase,  
Podríamos al punto dedicarnos  
A dar con apropiado alojamiento  
En donde recibir á los amigos  
Que andando el tiempo he de tener en Padua.

TRA.

Pero párate tú. ¿Que gente es ésta?  
Señor, un espectáculo, sin duda,  
Con que nos quieren dar la bienvenida.

Entran BATISTA, CATALINA, BLANCA, GREMIO y  
HORTENSIO.

(Lucencio y Tranio se retiran.)

- BAT.** No más me importunéis. Estoy resuelto,  
Bien lo sabéis, á no otorgar la mano  
De mi hija menor hasta que halle  
Esposo la mayor. Si os conviniere  
A los dos ó á uno solo Catalina,  
Porque os conozco bien y porque os quiero,  
Podréis á vuestro antojo cortejarla.
- GRE.** *Corte darla* más bien. Es harto ruda  
Para mí. Vamos, vamos. ¿Dime, Hortensio,  
Quieres esposa tú?
- CAT.** ¿Señor, os place  
Juguete hacerme á mí de estos consortes?
- HOR.** ¿Consortes? ¿Qué queréis decir con eso?  
¿Yo consorte? De vos, de modo alguno,  
A no haceros más dulce y más afable.
- CAT.** No os apuréis, señor. No habéis andado  
Hacia su corazón media jornada.  
Pero si fuere así, cuidado suyo,  
No lo dudéis, peinar vuestros mechones  
Fuera con un banquillo de tres patas  
Y pintaros la faz por papanatas.
- HOR.** ¡De diablo semejante, Dios me libre!
- GRE.** Y á mí también, Dios mío.
- TRA.** (Aparte á Lucencio.)  
Callad, señor. Tenemos fiesta armada;  
Fiera es la chica, ó loca rematada.
- LUC.** (Aparte á Tranio.)  
Mas de la otra en el callar descuella  
La modestia y candor de la doncella.

Mas calla, Tranio, tú.

TRA. (Aparte á Lucencio.) Señor, bien dicho.  
Chitón, pues, y á observar á vuestro gusto.

BAT. Caballeros, á fin de confirmaros  
Lo que antes dije. Blanca, vete adentro;  
Y no te enojés, mi querida Blanca,  
Que no es menor por eso mi cariño.

CAT. ¡Muy bien por la mimada!  
«Cuando lloriquea,  
Sabe qué desea».

BLAN. Hermana, no te apene mi disgusto.  
A vuestra voluntad, señor, me rindo.  
Dedicada á mis libros é instrumentos,  
Leerlos y tañerlos puedo á solas.

LUC. (Aparte á Tranio.)  
Escucha, Tranio, hablando está Minerva.

HOR. Señor Batista, ¿os mostraréis tan raro?  
Lamento yo que á Blanca pena cause  
Nuestra pasión.

GRE. ¿Por qué, señor Batista,  
Encerrarla queréis, y que ella purgue  
Las faltas de ese espíritu endiablado?

BAT. Caballeros, no más. Estoy resuelto.  
Vete ya; Blanca. (Vase Blanca.)

Y como sé que goza  
Con cantar y tocar y con poesías,  
Haré yo que maestros tenga en casa  
Para instruírse bien. Si, vos, Hortensio,  
O señor Gremio, vos sabéis de algunos,  
Que vengan procurad. Con los que sepan  
Seré yo liberal y bondadoso,  
A fin de que mis hijas bien se eduquen.  
Y así, quedad con Dios. Tú, Catalina,  
Puedes quedarte aquí, porque con Blanca

Tengo que hablar aún. (Vase.)

CAT.

Pues me parece

Que yo también irme podré. ¿No es eso?

¡Que! ¿Gobernarme á mí cual si ignorase

Qué me conviene ó no conviene? ¡Vaya!

(Vase.)

GRE. Vete con dos mil de á caballo. Tan buenas cualidades son las tuyas, que nadie te quiere. Nuestro amor no es tan grande que no podamos chuparnos el dedo y aguantarnos. Sin cocer quedó la torta por ambos lados. Adios. No obstante, por el cariño que le profesó á la dulcísima Blanca, si puedo hallar persona á propósito que le enseñe lo que tanto le agrada, se la enviaré á su padre.

HOR. Yo también, amigo Gremio. Pero oye una palabra. Aunque nuestro antagonismo hasta ahora no haya tolerado discusión alguna, pensándolo bien, creo que ambos estamos interesados en conseguir lo que puede darnos nuevamente acceso á nuestra bella dama, y ser felices rivales enamorando á Blanca.

GRE. ¿Qué quieres conseguir?

HOR. Buscarle un marido á la hermana.

GRE. ¡Un marido! ¡Un demonio!

HOR. Un marido digo yo.

GRE. Yo que un demonio. Hortensio, ¿crees que por rico que sea su padre, habrá hombre que se quiera casar con el infierno?

HOR. Calla, Gremio. Aunque nosotros no podamos tolerar sus terribles violencias, gentes sobradas hay en el mundo (sólo falta tropezar con ellas), que la tomarían con todas sus faltas, con tal de que llevara bastante dinero.

GRE. No sé. Pero más bien tomaría yo su dote con

la condición de que me azotaran diariamente en la plaza del mercado.

**HOR.** En realidad, poco hay que escoger éntre manzanas podridas. Pero, vamos; puesto que esta prohibición legal nos hace amigos, mantengamos nuestra amistad hasta que, habiéndole conseguido esposo á la hija mayor de Batista, quede libre para escoger esposo la menor, y entonces, ¡á ello nuevamente! ¡Dulcísima Blanca! ¡Feliz el que la logre! Quien corra más, que el premio gane. Gremio, ¿qué te parece?

**GRE.** Convenido. Y de buena voluntad le hubiera regalado á cualquiera el mejor caballo que hay en Padua para que principiara á cortejarla, para que la cortejara en absoluto, para que se casara con ella, para que se la llevara á su lecho y para que no quedara de ella rastro en la casa. Vámonos.

(Vanse Gremio y Hortensio.)

**TRA.** Señor, suplico me digáis: ¿tan pronto  
Puede un amor tan grande avasallaros?

**LUC.** ¡Ah, Tranio! Hasta que he visto en mí que puede,  
No lo juzgué posible ni probable.

Mas ¡mira tú! La contemplaba ocioso,  
Y en mi ocio el amor mostró su influjo.  
Y ahora á ti te confieso ingenuamente,  
Y en tu lealtad y discreción confío,  
Como la reina de Cartago en Ana  
Confió, que ardo, Tranio, y me consumo;  
Que si no es mía tan modesta joven,  
Tranio, muero. Aconséjame tú, Tranio;  
Tranio, ayúdame tú. Sabios consejos  
Me puedes dar, cual me darás ayuda.

**TRA.** De reñiros, señor, pasó la hora.  
Del corazón no ahuyentan los reproches

Al amor; y si estáis por él herido,  
 Esto tan sólo os resta ya. *Redime*  
*Te captum quam queas minimo.*

LUC. Mil gracias.

Muchacho, sigue. Pláceme lo dicho,  
 Y lo que siga consolarme debe;  
 Pues aconsejas bien.

TRA. Con tanto anhelo

Contemplabais, señor, á la doncella,  
 Que quizá lo esencial se os ha ocultado.

LUC. ¡Ah, no! Ví la dulzura de ese rostro  
 Que al de la hija de Agenor iguala,  
 Y que al excelso Jove de rodillas  
 Hizo besar de Creta las orillas.

TRA. ¿No visteis más? ¿Acaso no escuchasteis  
 A su hermana rabiarse, y la tormenta  
 Que promovió? Su estrépito, difícil  
 Era de soportar á oreja humana.

LUC. Yo vi sus labios de coral moverse,  
 Tranio, y su aliento perfumar el aire;  
 Todo era en ella angelical y bello.

TRA. Sacarlo de su éxtasis conviene.  
 ¡Despertaos! Si amáis á la doncella,  
 El ingenio aguzad para lograrla.  
 El caso es éste. Tan feroz y adusta  
 Es su hermana mayor, que hasta que logre  
 Su padre verse de ella libre, debe  
 Vuestra amada vivir soltera en casa;  
 Y por eso la encierra, pues no gusta  
 Verse por pretendientes acosado.

LUC. ¡Padre cruel! ¡Oh Tranio! ¿Más no viste  
 Que, sin embargo, quiere cariñoso  
 Buscar sabios maestros que la instruyan?

TRA Si, pardiez. y mi plan tengo formado.

- LUC. Sé cual es.
- TRA. Amo mío, juraría  
Que se encuentran y aunán nuestros planes.
- LUC. Primero dime el tuyo.
- TRA. Por maestro  
Os debéis ofrecer de la doncella.  
¿Es este vuestro plan?
- LUC. Exactamente.  
¿Mas factible será llevarlo á cabo?
- TRA. No es fácil; pues ¿quién puede vuestra parte  
De hijo de Vicencio hacer en Padua,  
Casa abierta tener, seguir estudios,  
La bienvenida dar á sus amigos  
Y ver á sus paisanos y obsequiarlos?
- LUC. Basta. Anímate. Sé de buen remedio.  
Aun en parte ninguna nos han visto.  
No se puede saber por nuestros rostros  
Quién es amo y sirviente. Pues escucha:  
Tú en mi lugar serás el amo, Tranio.  
Casa, tren y sirvientes, cual yo mismo  
Deberás ostentar. Yo seré otro:  
Un florentino, algún napolitano,  
O un pobretón de Pisa. Ya ha salido  
Del cascarón. Cambia de ropa al punto  
Conmigo, Tranio. Toma mi sombrero,  
Toma mi capa. Tu sirviente sea  
Biondelio cuando llegue, mas precisa  
Ordenarle primero que se calle.

(Cambian de vestidos.)

- TRA. Preciso es. Y en fin, si es vuestro gusto,  
Y obedecer me toca (de este modo  
Se expresó vuestro padre al separarnos:  
«Util á mi hijo sé», mas me parece



Que en distinto sentido lo diría),  
 Consiento en ser Lucencio  
 Por lo mucho que yo quiero á Lucencio.  
 LUC. Y pues Lucencio á ti también te quiere,  
 Tranio, lo puedes ser. Me hiciera esclavo  
 Para lograr á esa gentil doncella  
 Que tan de pronto cautivó mis ojos.  
 Ahí viene ese truhán.

Entra BIONDELIO.

¿De dónde vienes?  
 BION. ¿De dónde vengo? ¡Vaya! ¿Y dónde estáis?  
 Ó Tranio vuestra ropa os ha robado,  
 Ó á él la suya vos, ó mutuamente  
 Os robastéis. Decid, ¿qué es lo que pasa?  
 LUC. Ven aquí tú. No es ocasión de bromas,  
 Y es preciso que amoldes tu conducta  
 A las presentes circunstancias. Tranio  
 Me representa, y con mi ropa viste  
 Para salvar mi vida. Yo la suya  
 Me he puesto para huir. He dado muerte  
 A poco rato de saltar en tierra  
 En riña á un hombre, y temo que me vieron.  
 Sírvete, te suplico, cual á amo,  
 Mientras que yo para salvar mi vida  
 Huyo. ¿Me entiendes?  
 BION. Sí. (Ap.) Ni entiendo jota.  
 LUC. De Tranio no hablarás ni una palabra,  
 Pues Tranio convertido está en Lucencio.  
 BION. Para ventaja suya. Yo quisiera  
 También estarlo.  
 TRA. Y yo también, amigo,  
 Y que Lucencio hiciera la conquista.

De la hija más joven de Batista.  
 Mas oye, no por mí, mas por tu amo,  
 Que te portes con juicio te aconsejo.  
 Cuando en cualquiera parte estemos juntos,  
 Tranio soy para ti, si estamos solos;  
 Tu amo Lucencio soy, de otra manera.

LUC. Partamos, Tranio, pues. Falta una cosa:  
 Es necesario que también tú hagas  
 De pretendiente. Si el por qué preguntas,  
 Baste saber que mis razones tengo. (Vanse.)

1.<sup>er</sup> SIR. Señor, dais cabezadas. No atendéis á la co-  
 media.

PER. Sí, por Santa Ana. Estoy atendiendo. Muy bo-  
 nito asunto. ¿Hay todavía más?

PAJE. Señor, está al principio.

PER. Es excelentísima obra, señora mía. Ojalá hu-  
 biera terminado.

## ESCENA II

Padua. Ante la casa de Hortensio.

Entran PETRUCHIO y GRUMIO.

PET. Breve tiempo, Verona, te abandono,  
 De Padua á mis amigos ver ansiando.  
 Sobre todo, á mi caro y buen amigo  
 Hortensio. Me parece ésta su casa.  
 Oye, Grumio, truhán, vamos, golpea.

GRU. ¿Golpear? ¿Y á quién? ¿Ha faltado alguien á  
 vucencia?

PET. Vamos, truhán. Golpéame de firme.

GRU. ¿Golpearos 'de firme? ¡Vaya, señor! ¿Y quién soy yo para golpearos de firme?

PET. Si á esa puerta, truhán, no me golpeas,  
Tu cholla acaso golpeada veas.

GRU. Mi amo quiere reñir. Si yo le pego,  
Ya sé quien lleva lo peor del juego.

PET. ¿No golpeas, truhán? Pues bien tirando,  
Tal vez el sol ó el fá darás cantando.

(Le tira de las orejas á Grumio, que cae al suelo.)

GRU. ¡Amparo, que se ha vuelto mi amo loco!

PET. Truhán, golpea cuando yo lo ordene.

Entra HORTENSIO.

HOR. Vamos á ver. ¿Qué ocurre? Mi antiguo amigo Grumio, y mi excelente amigo Petruccio. ¿Cómo lo habéis pasado en Verona?

PET. Hortensio, ¿vienes á calmar al amo?  
«Con tutto il core ben trovato», exclamo.

HOR. «Alla nostra casa bene venuto. Molto honorato, signor mio Petruccio.»

Levanta. Grumio. En paz he de ponerlos.

GRU. (Levantándose.) No me importa lo que alegue en latín. Señor, vea si no tengo motivo legal para dejar de servirle. Me ordenó que golpeará, y que le golpeará de firme. Ahora bien: ¿debe criado alguno tratar á su amo de ese modo cuando, por lo que se ve, acaso haya bebido una copa de más?

Pero ojalá le hubiera golpeado,  
Quizá no me encontrara en este estado.

PET. Estúpido truhán. Amigo Hortensio,  
A este bribón le dije que á tu puerta  
Llamara, mas no pude conseguirlo.

GRU. ¿Qué llamara á la puerta! ¡Cielo santo! Pero ¿no me dijísteis claramente: «Golpéame, golpeame aquí. Golpéame de firme, y ahora salís con llamar á la puerta?»

PET. Vete, truhán. Más vale que te calles.

HOR. Petruchio, calma. Soy fiador de Grumio.

Triste disputa es ésta con criado  
Tan zumbón, tan leal y tan antiguo.

Mas ¿qué viento feliz, amigo, dime,  
Desde Verona á Padua te conduce?

PET. El viento que á los jóvenes esparce  
Por el mundo buscando más fortuna  
Que en casa encuentran, donde poco aprenden.

Pero en una palabra, amigo Hortensio,  
Esta es mi situación. Mi padre Antonio  
Ha muerto, y de la vida en consecuencia,  
Metime en el confuso laberinto

Para casarme y para hacer fortuna  
Como pueda. Repleta está mi bolsa  
Y bienes tengo en mi país, que dejo  
Tan solamente para ver el mundo.

HOR. Te hablo, amigo Petruchio, sin ambages.

A á una mujer tan díscola cual fiera,  
¿Quieres que te presente para esposa?

No me darás las gracias. Sin embargo,  
Te aseguro que es rica, que es muy rica.

Mas eres demasiado amigo mío  
Y no te la deseo.

PET. Entre amigos, Hortensio, cual nosotros,

Pocas palabras bastan. Por lo tanto,  
Si conoces mujer que porque es rica

Acomode á Petruchio para esposa—  
(De mi canción de amor, el estribillo

Es el dinero), fuera tan horrible

Como la amada de Florencio, fuera

Vieja como Sibila, tan adusta  
Cual la mujer de Sócrates Xantipa  
Y tan fiera ó peor, ni embota el filo  
De mi amor, ni lo aguza. Aunque se muestre  
Como el mar Adriático bravía.  
Vengo á buscar rica mujer en Padua;  
Si hallo una rica, bienvenido á Padua.

GRU. Nada, nada, señor, os diré claramente lo que  
piensa. Que le den oro bastante y se casará con un títere,  
con un bolillo de encaje, ó con un vejestorio sin  
dientes, con más imperfecciones que cincuenta y dos  
caballos. Vaya, nada le parece mal si va acompañado  
de dinero.

HOR. Petruccio, pues tan lejos hemos ido,  
Vamos á hablar de lo que dije en broma.  
Con mi ayuda, Petruccio, hallar te es dado  
Mujer bastante rica, bella y joven,  
Y cual dama educada. Solamente  
Tiene un defecto, mas defecto grande.  
Tan adusta, tan díscola, tan fiera  
Es, y hasta punto tal, que aun cuando en mucho  
Mi actual bienestar disminuyese,  
Por esposa jamás la tomaría,  
Aunque con mina de oro me la dieran.

PET. No sabes tú lo que es el oro, Hortensio.  
El nombre dime de su padre, y basta.  
Al abordaje voy, por más que ruja  
Como el trueno al hender nubes de otoño.

HOR. Pues es Batista Mínola su padre,  
Cortés y complaciente caballero,  
Catalina la nombran, y es en Padua,  
Célebre por su lengua viperina.

PET. A su padre conozco, mas no á ella,  
Y él conocía á mi difunto padre.

Hasta verla, dormir no puedo, Hortensio.  
 Permite, por lo tanto, que te diga  
 Que en este instante mismo te abandono,  
 Como á su casa tú no me acompañes.

GRU. Dejadle, sí, señor, os lo suplico, mientras le dura la humorada. A fe que si lo conociera tan bien como lo conozco yo, sabría que el reñir le aprovecha poco, llámelo veinte veces bribón ó cosa así. Para él eso es nada. Si él comienza, recorrerá toda la escala de los improperios. Debo añadir que por poco que se le oponga, le señalará los diez mandamientos en la cara, desfigurándola de modo que se verá con pupilas de gato. Señor, no lo conocéis.

HOR. Tente, Petruchio, acompañarte quiero.  
 Mi tesoro sin par guarda Batista,  
 Su hija menor, la encantadora Blanca,  
 Que recata de mí como de otros  
 Adoradores y rivales míos.  
 Considerando cosa muy difícil  
 Que por esos defectos que señalo  
 A su hija Catalina soliciten,  
 Batista ha decidido que ninguno  
 Acceso tenga á Blanca, hasta que esposo  
 Encontrare la fiera Catalina.

GRU. «La fiera Catalina;» ¡qué dictado!  
 Para moza, ninguno más menguado.

HOR. Ahora me toca á mí, Petruchio amigo,  
 Pedirte un gran favor. Al buen Batista,  
 Con adecuada ropa disfrazado,  
 Cual maestro de música que á Blanca  
 Pueda enseñar, preséntame, de modo  
 Que por este artificio pueda al menos  
 Ocasiones tener de enamorarla,  
 Y sin recelo cortejarla á solas.

GRU. (Aparte.) Esto no es truhanería. ¡Ved cómo la gente joven se concierta para burlar á los viejos!

Entran GREMIO y LUCENCIO, disfrazado éste y con libros debajo del brazo.

Señor, señor, mirad, gente se acerca.

HOR. Cállate, Grumio, mi rival es ése.

Petruchio, retirémonos.

GRU. Joven bello, y galán, y enamorado. (Se retiran.)

GRE. Está muy bien, examiné la nota.

Oíd. Encuadernados ricamente

Quiero que estén. Libros de amor tan sólo,

Y nada más, debéis cuidar que lea:

Ya me entendéis. Aquello que os otorgue

La mano franca del señor Batista

Mejoraré con dádiva graciosa.

Tomad vuestros papeles, y deseo

Que estén perfectamente perfumados,

Porque es más dulce que el perfume mismo

Que ha de aspirar. ¿Qué vaís vos á enseñarle?

LUC. Enseñe lo que enseñe, estad seguro

De que abogo por vos, patrono mío,

Cual si fueseis vos mismo quien hablara,

Y con frases quizá más elocuentes,

A no ser que seáis, señor, un sabio.

GRE. ¡Oh, la sabiduría! ¡Qué portento!

GRU. ¡Oh mísero chorlito! ¡Qué jumento!

PET. Silencio, Grumio.

HOR. (Adelantándose.) Dios te guarde, Gremio.

GRE. Hortensio, bienvenido. ¿Por ventura

Sabes adónde voy? Pues á la casa

Voy de Batista Mínola. Maestro

Para Blanca buscarle cuidadoso

- Le prometí, y por suerte he tropezado  
 Con este joven, joven tan discreto  
 Como honrado, y muy propio para ella.  
 Versado en la poesía y otros libros,  
 Y todos excelentes, te lo juro.
- HOR. Está bien, y yo he visto á un caballero  
 Que me ha prometido hallarme otro.  
 Un excelente profesor que enseñe  
 Música á nuestra amada, y así cumplo  
 Mi deber hacia Blanca encantadora,  
 A quien yo tanto amo.
- GRE. A quien yo amo.  
 Confirmarán mis hechos lo que digo.
- GRU. (Aparte.) Servirán sus talegas de testigo.
- HOR. De protestar de nuestro amor ahora  
 No es el momento, Gremio. Si me hablase  
 En razón, buenas nuevas te daría  
 Para los dos. Es éste un caballero  
 Que he visto casualmente y se ha ofrecido,  
 En dulce connivencia con nosotros,  
 A optar á esa maldita Catalina,  
 Y á casarse con ella con buen dote.
- GRE. Si lo dice y lo hace, lo celebro.  
 ¿Sus defectos, Hortensio, le indicaste?
- PET. Sé que es áspera, díscola y gruñona;  
 Si es eso nada más, me importa poco.
- GRE. ¿Eso, amigo, decís? ¿Dónde nacisteis?
- PET. En Verona, y Antonio fué mi padre.  
 Y, habiendo muerto, su fortuna es mía,  
 Y una vida feliz y larga espero.
- GRE. Sería vida tal, con tal esposa,  
 Extraño caso. Mas, teniendo agallas,  
 En el nombre de Dios, señor, á ello,  
 Y yo os ayudaré; pero, de veras,



- ¿A esa gata montés haréis la corte?
- PET. ¿Haré yo por vivir?
- GRU. (Aparte.) ¡La corte! ¡Vaya!  
Como no se la hiciere, yo la ahorco.
- PET. ¿Aquí, cuál otro asunto me conduce?  
¿Pensais que mis oídos atolondran  
Un poco de ruido? ¿Por ventura  
No he escuchado el rugir de los leones?  
¿No he escuchado á la mar, que agita el viento,  
Bramar cual jabalí cuando rebudia  
Cubierto de sudor y furibundo?  
¿No he escuchado al cañon en los combates,  
Y del cielo tronar la artillería?  
¿No he escuchado en el campo de batalla  
Tocar rebato, relinchar corceles,  
Sonar clarines, y venís á hablarme  
De lengua femenil, que en los oídos  
La mitad del estrépito produce,  
Que una castaña en un hogar modesto?  
¡Bah, bah! Se asusta á chicos con fantasmas.
- GRU. (Aparte.) No le asustan á él.
- GRE. Hortensio, escucha:
- HOR. Este señor me pienso que ha venido  
Para su propio bien y para el nuestro.  
Le prometí que el gasto originado  
Al cortejarla, fuera lo que fuera,  
Por mitad pagaríamos nosotros.  
Y lo haremos con tal de que la logre.
- GRE. Y lo haremos con tal de que la logre.
- GRU. (Aparte.) De un buen festín me viera tan seguro.

Entran TRANIO, ricamente ataviado, y BIONDELIO.

- TRA. Guárdeos Dios, caballeros. Os pidiera,  
Y perdonad mi audacia, que el camino

- Más corto me indicarais que conduce  
A casa del señor Batista Mínola.
- GRE. ¿El que dos hijas tan hermosas tiene?  
¿Es ése á quien buscáis?
- TRA. Si tal. Biondelio.
- GRE. Escuchad. Aludís á la que...
- TRA. Acaso  
A una y otra, señor. ¿Y á vos, qué importa?
- PET. No buscaréis á la del genio adusto,  
Es de esperar.
- TRA. De adustos yo no gusto.  
Vamos, Biondelio.
- LUC. (Aparte.) Buen principio, Tranio.
- HOR. Decidme antes de iros francamente:  
¿De la dama que habláis sois pretendiente?
- TRA. ¿Es mi respuesta al afirmarlo odiosa?
- GRE. No, si ponéis los pies en polvorosa.
- TRA. ¿Para todos, decid, no se proclama  
Libre la calle?
- GRE. Pero no la dama.
- TRA. Por qué razón que me digáis suplico.
- GRE. Si os empeñáis, direos que por ésta:  
Porque el amigo Gremio la pretende.  
Y es la adorada del amigo Hortensio.
- HOR. Poco á poco, señores. Con paciencia,  
Pues que sois caballeros, escuchadme:  
Batista, que es un noble caballero,  
Es algo de mi padre conocido,  
Y, aunque fuera su hija más hermosa  
De lo que es, todavía, admiradores  
Puede varios tener, y yo ser uno.  
La hija de Leda tuvo mil amantes;  
Puede uno más tener la bella Blanca,  
Y Lucencio aumentar la lista espera,

- Aunque París ser solo pretendiera.
- GRE. ¿Este señor, pretende apabullarnos?
- LUC. Dejad que se desboque, caballeros;  
Como penco veréis que pronto acaba.
- PET. ¿Hortensio, tanto hablar á qué conduce?
- HOR. Permitidme que os haga una pregunta:  
¿Habéis visto á la hija de Batista?
- TRA. No, señor, mas que tiene dos, me han dicho;  
La una, famosa por su genio adusto;  
La otra, por su modestia encantadora.
- PET. Para mí la primera que no cuente.
- GRE. A Hércules conceded ese trabajo,  
Que á los doce de Alcides aventaja.
- PET. Escuchad, caballeros, lo que digo.  
A la hija menor, que es la que priva,  
De admiradores la separa el padre,  
Y á nadie quiere conceder su mano  
Hasta que la mayor esté casada.  
Y libre quedará, pero no antes,  
Entonces la menor.
- TRA. Pues por lo visto,  
Hombre sois vos que nos conviene á todos,  
A mí inclusive. Si rompéis el hielo,  
Si hacéis hazaña tal, y si os casarais  
Con la mayor, y queda la otra libre  
Y la podemos pretender, cualquiera  
Que la consiga no ha de ser ingrato.
- HOR. Muy bien dicho, señor, y comprendido.  
Y pues que vos también sois pretendiente,  
A este señor debéisle dar las gracias,  
Cual las damos nosotros.
- TRA. Caballeros,  
No he quedarme atrás. Para probarlo  
Podríamos reunirnos esta tarde,

Bebiendo á la salud de nuestras novias;  
Y como los letrados que contienden  
Enérgicos luchar, mas como amigos,  
Comer y beber juntos.

GRU.

Bien pensado.

BION.

Vámonos, pues, señores.

HOR.

Excelente

Es la idea en verdad. A realizarla.

Petruchio, yo seré tu «Benvenuto».

(Vanse.)

---